

ARAS Y APETAS

SEMANARIO FESTIVO
 DECANO DE LOS PERIODICOS ILUSTRADOS

Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

AÑO III
 Nº 128
 Agosto 9 de 1896
 PRECIOS SUSCRICION
 MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR
 Los mismos precios en moneda equiva.
 lente con el aumento del franco.

Número corriente 30 centesimos :: Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS
 Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
 MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON, CERRO, 57

Personajes célebres

RICARDO, CORAZON DE GATO.

(La historia dice de león, pero la verdad dice de gato, y al fin todos son felinos)



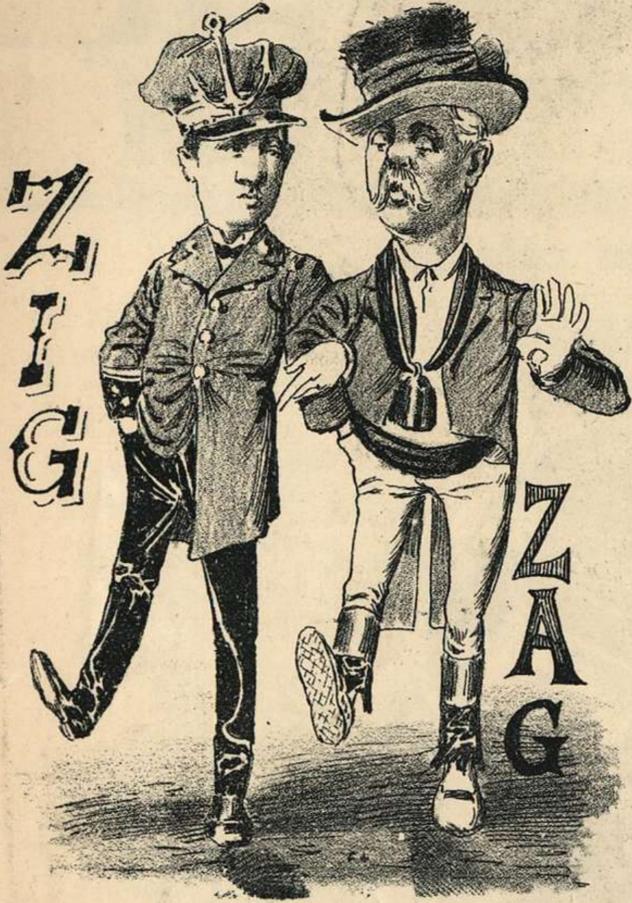
He aquí á este famoso rey
 de felinos sobrenombres
 que se hizo dueño de hombres
 y autor de una nueva ley,
 que según parecer mío
 si no pienso poco ó mal,

ha de ser ley inmortal
 mientras haya café frío.
 Pasó así muy buenos ratos,
 mas si anduviera escaldado
 de noche por un tejado,
 le hacían ¡Miauu! todos los gatos.

SUMARIO

TEXTO—«Zig zag»—«Chascarrillo viejo», por Irun—«Para Ellas», por Estrella Nevares—«Sucedido», por Ramón Díaz—«Bagatelas», por Luis de Ansoarena.—«Cuentos ajenos—El laurel sagrado», por Alfonso Pérez Nieva.—«Zunigadas», por J. Pérez Zúñiga.—«Teatros».—«Chispitas».—«Distracciones de oropel», por Fiaero Irayzoz.—«Correspondencia particular».

GRABADOS—«Personajes célebres—Ricardo corazón de gato», por Wimplaine II—«Para Ellas», retrato de la señorita de Cebrián, por Aurelio Giménez—«En lo de Maveroff».—«Con el duque», por Wimplaine—«El laurel sagrado», (dos dibujos de Huer-tas, reproducción de Giménez)—«Moussion y sus estragos», y varios intercalados en el texto, por A. Giménez.



S. E. don Juan estuvo á visitar la Exposición artística del Sr. Maveroff.

Y dicen que allí, entre los Sottocornola y los Pradilla y los Giacomelli, entre tanta artística y bella figura, la figura de S. E. era nota sobresaliente.

También, según él, al ver tanta maravilla se había quedado bobo de admiración, lo que dá idea de lo sorprendente de la Exposición, pues que para que D. Juan se quedara bobo allí, cuando bien pudo ir bobo de antemano, algo extraordinario debe ser aquello.

Una vez pasado el primer momento, el magistrado recorrió la galería deteniéndose ante cada uno de los cuadros para decir:

—¡Oh, qué lindo!

Suspense ante las hermosas vacas de Barucci preguntó al Sr. Maveroff que lo acompañaba:

—Diga ¿y éstas son lecheras?

Respondido por el acompañante que no sabía, agregó:

—Pues es lástima, porque si fuesen lecheras las podría vender más caras. Y con aire de suficiencia: No está mal—dijo—no está mal la ganadería por las Italías...

Luego se detuvo ante una mancha de Giacomelli.

—¿Y esto qué es? preguntó.

—Ah! esto es acuarela.

—¿Acuarela? Debe ser cosa de agua...

—Sí; pintura á la aguada.

—¿Y es caro?

—Cien pesos.

—¡La pucha! Pa acuarela la que tuvimos nosotros el martes y el miércoles con la lluvia, sin que nos costara nada!

Y rió mucho con la gracia.

No obstante, el hermano don Pedro, que iba con él, quedó intrigado con aquello de la acuarela y para aprender algo preguntó á D. Juan.

—Pero ¿y cómo diablos se pintan esas cosas con agua?

—Bah... respondió éste. Las pintarán en el baño.

Por último don Pedro tuvo también su arranque de admiración ante las hermosas sandías de Sottocornola.

—¡Lindas sandías! dijo.
—¿Te las comerías? le preguntó paternalmente don Juan.
—¡No seas bárbaro! contestó.
—¿Y por qué?
—¿No sabes que la pintura es veneno? Finalmente, después de considerar detenidamente las marinas salió diciendo S. E.
—Pues amigo! Siempre los diarios están embromando al pobre Bayley con que no tenemos marina, y aquí hay más de veinte marinas! Serán brutos!...

**

Dice *La Razón* que el reloj de la Matriz ha dado en la idea de enloquecer al encargado de la hora oficial, indicando en la cara que dá al Este una hora, y otra distinta en la que dá al Oeste.

Esto no es raro aquí sino por tratarse de un reloj.

Porque donde hay tanta gente, sobre todo entre la jente politiquera, que gasta también dos caras y las dos distintas, tal cosa no es de admirar.

Lo que sí, es curioso que siempre suceda esto en las altas esferas; porque ahora también sucede en las esferas del reloj de la Matriz.

Lo que, al fin y al cabo, no es tan perjudicial, y hasta puede ofrecer ciertas ventajas, como que me decía D. Trovador López, corredor, virgen y mártir de la hora.

—Porque, si uno vá apurado, sin tiempo para alguna cosa, en vez de consultar la esfera oriental consulta la occidental y se le pasa el apuro y le sobra tiempo todavía.

**

Sería imperdonable que no habláramos aquí del Duque de los Abruzzos.

Porque esta semana hemos tragado duque de los Abruzzos por ojos y orejas que es una barbaridad.

Hemos tenido: recibimiento con duque de los Abruzzos, banquete con duque de los Abruzzos, recepción oficial con duque de los Abruzzos y ópera con duque de los Abruzzos anexo.

El pobre duque ha sufrido un *baqueteo* de padre y muy señor mío, con toda la resignación de un alma serena y la firmeza de un estómago soberbio.

Y á fé que se necesita sangre fría para soportar sobre sí tanta curiosidad, porque en el teatro: va de ejemplo, todo el mundo se ocupaba de él.

Cuando entró al palco, una señora conocida mia que había tenido que tirarse de los pelos con el marido don Pancho Litográfico, para que le llevara á conocer el Duque, decía á aquél:

—Bien, y ahora ¿dónde está el Duque?

—¿Pues no lo ves en el palco?

—¿Cuál? ¿Ese marino? ¡Ay, Dios mío! Y yo que quería ver un príncipe vestido con mallas, calzón con festones y capita como los que salían en Carnaval... ¡Vaya con los príncipes de ahora!

—Es que no sabes que ahora las gentes de sangre azul se reconocen sólo en la persona?

—¿Ese es de sangre azul?

—¡Pues!

—¡Pues!... Pues no está poco colorado para ser de sangre azul... ¿cómo es eso?

—Ps!... Se le habrá echado á perder en el viaje.

—Pobre joven. Y qué lampiño es...

—Para que todos le respeten. Así nadie podrá subírsele á las barbas.

—Oye: y tiene la cabeza algo puntiaguda.

—Claro; señal de agudeza; quieres que la tenga como don Juan, que parece que lleva sobre el pescuezo un zapallo con berruga?

—Pues es curioso que siendo príncipe le manden así en un buque, expuesto á naufragar, á ahogarse.

—Oh, no hay cuidado, no puede ahogarse.

—¿Por qué?

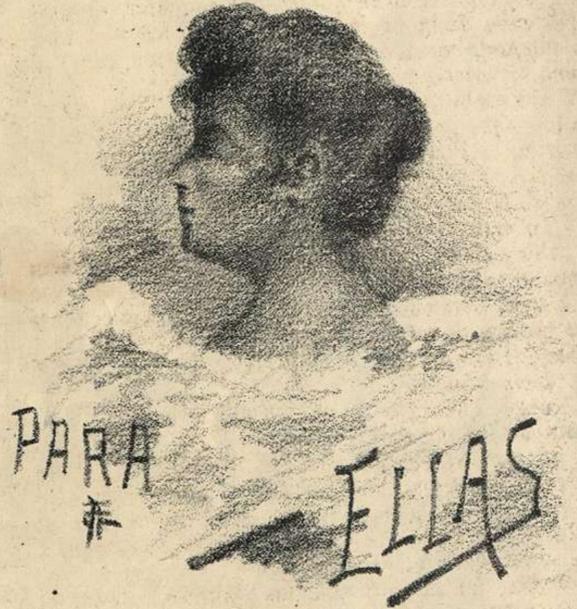
—Porque aunque se caiga al agua debe bo-yar como un corcho. Por algo es príncipe de *Sa-boya!*

Chascarrillo viejo

Un buen aldeano de... yo no sé donde que vino á la ciudad para ver fiestas, entró á afeitarse en una barbería de esas muy elegantes y completas,

donde, como es costumbre hay colocada junto á cada sillón su escupidera... cosa que el infeliz desconocía porque aún no se *estilan* en su aldea. No sé si por el humo del cigarro... en fin, por lo que fuera, le dió un golpe de tos al pobre hombre; vió que aquel chisme estaba á su derecha, y, volviendo la cara al otro lado, escupió sin reparo hacia la izquierda. El barbero, con mucho disimulo, cogió la salivera, la puso al otro lado y siguió tan tranquilo su faena, creyendo que seria algún descuido ó alguna inadvertencia. Pero *cátese usted* que al poco rato le dió al hombre más tos, aun más violenta, y al querer escupir y ver que estaba el dichoso aparato hacia la izquierda, repitió el juego de antes y volviéndose á escupir á la derecha. El barbero, con tanto disimulo como la vez primera, volvió á cambiar de sitio el chisme de limpieza, hasta que á un nuevo golpe y al repetir la operación aquella, encarándose al fin con el barbero le dijo levantando la cabeza: —¿Otra vez? ¡Y van tres! ¿Es esto burla? ó es que me toma usted por un babiaca! ¡Quite usted de una vez esa... pamplina, á acabaré por escupir en ella!

IRUN



Vaya; aquí estoy por fin otra vez, después de un eclipse que yo creía que no iba á concluir más.

Y no se figuran lo que me ha fastidiado eso, porque, como nueva en la tarea, me gusta mucho charlar con ustedes, y mientras tanto, apenas empezaba á darme corte de escritora, ¡trás! me mandan á la reserva y estése una, mano sobre mano, viendo anegarse su seccioncita de cotorreos dominigueros en el mar de la política que se invadía todo el periódico!

Felizmente la semana estéril nos da otra vez nuestros fueros, y aquí estamos.

Estéril para los politiqueros, se entiende; porque lo que es nosotras tenemos á Solís, y a Moussion, y al Duque de los Abruzzos, y al baile de la Legación de Inglaterra.

¿Qué decir á ustedes de Solís? Que hacemos mal papel allí, de veras. Abajo, en la platea, por los descotes; y arriba por las griterías. No es por chocar; cada cual con sus gustos: yo no quiero meterme á redentora. Pero digo, como opinión de una de tantas, que me parece poco recatado eso de ir mostrando á todo el mundo todo, pero todo lo que puede mostrarse sin escándalo evidente. Que son muy lindos, son muy lindos, pero al fin y al cabo no está menos linda María Ordeñana con sus descotos moderados, que las demás con sus grandes descotes. Aparte de que hay algunas (y esto lo digo por bien de ellas, pues que muchas son amigas) algunas muy delgaditas, á quienes no sienta bien ese derroche de anatomía un poco angulosa. Hay que pensar, para conocer en seguida lo falso de ese lujo, que si á cualquiera de las que van así les viese alguien todo eso en su casa, correrían á taparse inmediatamente.

Pero dejémosnos de sermones que no sientan bien aquí, y vamos á fruslerías.

¿Les digo que no me gustan los peinados Mousson?

Seré rara, no digo que no, pero cosa linda y noble y natural y que siente tan bien á la cara como el peinado griego, no habrá; y es una lástima que por el gusto de variar se entregue la cabeza á los caprichos rebuscados de un peluquero.

Yo no digo que no haya algunos graciosos. Sofia Platero estaba muy bien en *Otello* con las alitas de paloma, porque no había exageración; pero en cambio de Maria Luisa Diaz había abusado Mousson, obligándola á equilibrar sobre la coronilla aquellos tres rodetes armados que es de lo más rebuscado que puede darse.

Pero es natural; hay tantas á peinar, que el peñador tiene que buscar manera de variar aunque sea sin elegancia ni naturalidad.

Quizá tomen ustedes esto como malhumor de envidiosa, porque á mí no me peina Monsieur, es verdad; pero les juro que soy sincera y estoy segura de que si alguna se retratara con esos peinados, al cabo de uno ó dos años, pasada la furia, se encontraría terriblemente ridícula.



El baile en lo de Mr. Baring, fué espléndido; y lo digo porque me gusta repetirlo y acordarme de él, pues, por otra parte, ya lo saben todas ustedes, como que á todas las ví allí tan resplandecientes, desde Matilde Biraben con sus pupilas de abismo, negras, hasta Matilde Brayer con sus ojos de luz, claros y vagos como matices de alborada. Y allí me lo pasé horas admirándolo todo; ora la distinción del príncipe de Saboya, ora la maestría y elegancia en el danzar de Teotonia Netto, ora el *savoir faire* (está consagrado el término) de los dueños de casa.

No cabe duda de que los ingleses hacen las cosas con toda conciencia y, cuando lo hacen, con toda buena voluntad.

Y sin embargo, á la mayoría no les son simpáticos los ingleses; será porque son comerciantes de nacimiento; pero no se puede negar que un novio inglés, si no fuera por la sequedad, tan fría y estirada, sería el ideal de los novios. Como él dijera:

—Yo viene á visitar usted á las ocho e media,—á las ocho y media, con medio segundo de tolerancia estaba al lado de la novia.

Lo que, para entre nosotras, sería insufrible; sobre todo porque no tendríamos de qué quejarnos.

¡No por Dios! Sería insufrible una puntualidad así; ¡sería acosante!

Y luego, que todo lo llevan al extremo; la ropa blanca de los ingleses, pongo por caso, no hay ropa que dé más frío; y una pechera inglesa es capaz de producir oftalmias, como la nieve; además de esto la llevan tan holgada, tan sin gracia, que por el cuello de un inglés se le vé hasta el estómago; y esto, confesémoslo, no es elegante.

Además, no sé por qué, los ingleses tienen el pescuezo tan rojo...

Decididamente no son mi ideal los ingleses.

Pero... ¿á dónde me he ido, Dios santo?

Claro; á cualquier parte menos donde debiera estar, que es en el baile.

Pero á buen tiempo me acuerdo! ¡Siempre la misma!

En fin; pues yo no lo hice, remito á ustedes á la crónica del baile que escribió *Tax*.

Por más que yo no la entiendo, de veras. La mitad de las frases no sé lo que quieren decir.

Pero, á falta de pan...

ESTRELLA NEVARES.

Sucedido

En un pueblo de Aragón á un baturro le enseñaba á tocar el guitarrillo un joven de Salamanca. Como el baturro era muy torpe, el muchacho sudaba cuando dábale lección, que era una vez por semana. Un día el aragonés hizole perder la calma al maestro, que enojado le regañó con palabras algo duras, á la par que el método le enseñaba. —«Fíjate bien, alcornoque!» decía el de Salamanca «El dedo en el cuarto traste. ¡Que me estás asando el alma! ¡No ves que pisas la prima cuando no debes pisarla?»

El índice en la segunda... ¡Qué animal eres, caramba! Cansado al fin el baturro de escuchar tales palabras, exclamó con ira al ver que pie con bola no daba: —¡Rediez! ¿Sabes lo que digo? Pus que es mía la guitarra, y por tanto, pongo el dedo donde á mí me dé la gana!

RAMÓN DÍAZ

Bagatelas

Voy por el mundo, mujer, arrastrando mi alma muerta, y, aunque nadie ve el cadáver, ¡no sabes tú lo que pesa!

Como se le ha muerto un hijo ya dejó de ser ateo...

pues para un alma tan pura, necesita un padre el cielo!

¡Claro! No la he de querer si hace muy poco era un ángel y por mí se hizo mujer!

A un suicida por amor la Iglesia negó el sagrado; mas ¡sagrado será siempre el sitio en que le enterraron!

—¿Cuando la patria te uira te puedes mostrar cobarde?... —Ya se lo diré á usted cuando deje de llorar mi madre!

LUIS DE ANSORENA



CON EL DUQUE



—Diga, duque ¿cómo se hace para ser príncipe? Porque yo querría mandar á éste por ahí de príncipe, pero no sé cómo principiarlo ó emprinciparlo...

EN LO DE MAVEROFF

Caras y Caretas



Monsieur—Qu'est qu'il hace cett'homme?
Don Juan—¡Zas! Lo que es no entender de arte ni artefactos! Está pensando en su novia.
Angel—¿Y en qué lo conocés?
Don Juan—En que está sentado.

Cuentos ajenos

EL LAUREL SAGRADO



Queremos reproducir este lindo cuento, uno de los más bellos y sencillamente sentidos de Alfonso Pérez Nieva, el fecundo autor de las *Novelas Relámpagos*, honrándonos así y obsequiando a nuestros lectores con la colaboración indirecta de una firma de valía, para lo cual ponemos una vez más a contribución el bien escogido texto de la hermosa revista «Blanco y Negro», a que otras veces hemos pedido reflejos de su luz propia para mayor brillo de nuestras columnas.

Nuestro artista, por su parte, agrega a esto la gentil nota gráfica, reproduciendo los delicados dibujos con que tan gallardamente ilustró este cuento el pincel de Méndez Branga.

Esperamos por todo ello parabienes y creemos merecerlos.

La pobre viejecita no sabía lo que la pasaba; creíase soñando, y asomada tímidamente detrás del antepecho de terciopelo rojo del palco, miraba con los ojos muy abiertos cuanto tenía delante: aquella profusión de oro en las localidades que resplandecía iluminada por muchísimos soles pequeños, pues no podían ser otra cosa unas lámparas tan vivas; aquel gentío desparramado por todo el teatro; aquel mar de cabezas de las butacas; aquel relucir de seda, de raso, de piedras preciosas; aquel moverse de plumas en las damas, que no parecía sino los málices de su pueblo en una tarde de ventolina; aquel cortinón del escenario, sobre todo, tan elegante, al pié del cual había una parranda enorme con unas guitarras mayores que los hombres que las tocaban. ¡Vaya unas guitarras! Cuando la anciana las vió, soltó el trapo á reír. Fue él único escape natural que tuvo la profunda emoción hirviente en su pecho.

Empezó la sinfonía. El inmenso rumor de los instrumentos la dejó estática, y se le asomaron las lágrimas á los ojos. Levantóse luego el telón, apareciendo una selva que... ¡nada! que era la misma de su aldea, igualita, con el castillo ruinoso del cerro habitado por las cigüeñas. Una voz que le repercutió en el corazón con eco dulcísimo atrajo toda su atención. Su hijo salía por entre los árboles con un traje parecido al de San Miguel, de coraza y casco. El público rompió en un aplauso estruendoso que hizo estremecer á la pobre madre, apenas el tenor apareció en las tablas y comenzó á cantar.

Una representación de ópera en Madrid y en una noche de gala era cosa inusitada para la viejecita, que sólo había visto un barracón de mala muerte en la capital de la provincia, cierta vez que la llevó su padre á la feria de ganados, por el otoño. La misma grandiosidad del espectáculo al que asistía desde el palco como asomada por una ventana, y del que no podía tener previa idea, mantenía suspenso, miedosa, acobardada, cual si hubiera cometido algún delito. La presencia de su hijo en el bosque la prestó algún valor; ya no estaba sola, y se serenó un tanto, poniéndose á escuchar con sus cinco sentidos.

De sobra sabía que el chico cantaba bien. ¡Como que era el predilecto del señor Cura para la misa

mayor, y cuando el rapaz echaba una copla no había en el pueblo moza que no le mirase con ojos encandilados! ¡Nó; pero lo que ahora estaba soltando no se parecía á nada! ¡Qué música tan divina, Santo Dios! ¡Si no ae podía oír sin llorar! ¡Vaya! Su mismo hijo se llevaba las manos á los párpados y se los enjugaba. ¡Naturalmente! Pero ¿qué le sucedía para estar tan triste? Por la tarde se reía á carcajadas, y nadie hubiera dicho que iba á soltar así el trapo delante de todo el mundo.

Calló el muchacho; la multitud volvió á aplaudirle; hasta gritaban ¡vivas! allá muy lejos y muy alto, en un como tejado donde se aglomeraba mucha gente, y su hijo saludó sonriendo y tan tranquilo. ¡Vaya! ¡Se le había pasado! Pero tornó la parranda á tocar y el chico á gemir. ¡Caramba! ¡Eso ya era muy fuerte! La madre se impuso y buscó la puerta del palco para volar en auxilio del desconsolado mozo. En éstas, concluyó el acto; bajó la cortina, y de pronto sintió á sus espaldas la pobre mujer ruido de alguien que entraba. Ladeóse y vió ante ella un señorón de negro con reluciente pechera de camisa que parecía de charol, y que la dijo sonriente y amabilísimo:

—Su hijo de Vd. la ruega que tenga la bondad de venir conmigo á su cuarto.

—¡Con mil amores! Pues si lo estaba deseando! Ya la extrañaba á ella que sufriendo su hijo no

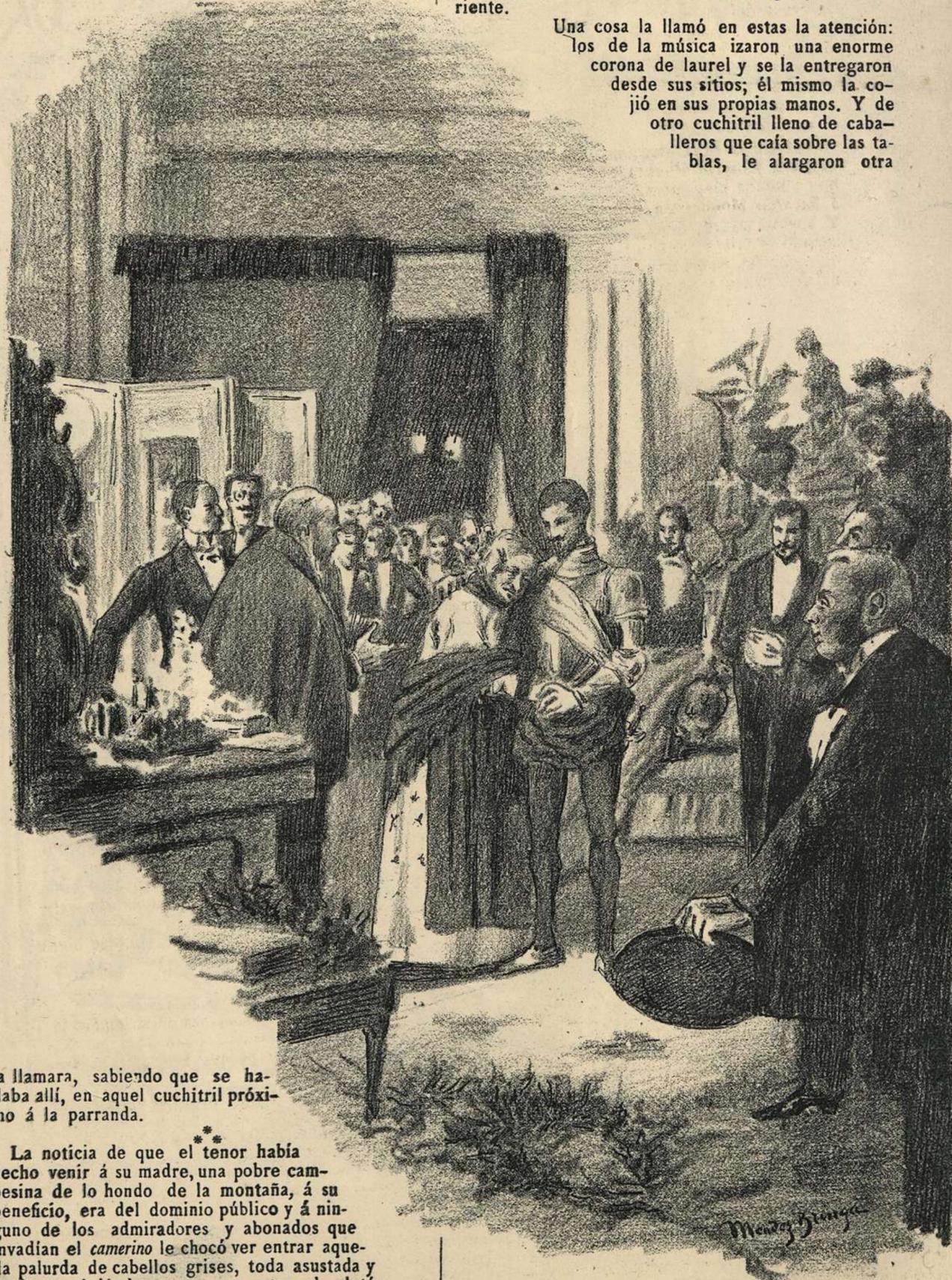
maron á sonrisas y cumplidos. ¡Lo que querían á su hijo! ¡Quizá no quedó uno que no hiciera de él miles de elogios! ¡Y vaya un bureo! Era una procesión. La gente entraba, daba un abrazo al muchacho, y se iba. ¡Anda, y cómo tenía el cuarto de alhajas! Pues se las habían regalado aquella noche. ¡Una fortuna! Lo que más la chocó fué un montón de coronas como las que les ponen á los muertos.

—¿Eso es laurel? preguntó á su hijo.

Laurel era. ¡Vaya una ocurrencia! ¡Pues no estimaban poco en la ciudad la tal planta, que en su pueblo sólo tenía sitio en la cocina! En fin, así se estilaba allí, donde todos eran sabios, y por algo sería. Un repiqueteo de timbre muy continuado cortó el soliloquio y las reflexiones de la buena mujer. Y el mismo señor amable de antes vino para llevarse de nuevo á su palco. Multitud de gemelos se fijaron entonces en ella. ¿Qué diablos de tubos eran aquellos con que le apuntaban? ¿Estarían cargados? Le entró un poco de miedo.

Levantóse el telón y volvió á salir su hijo tristísimo. ¡Toma; pues en su aturdimiento no le había preguntado lo que le sucedía! Y luego, como parecía haberse pasado... Sin embargo, continuaba con su murria. En este acto lloró más que en el primero; se lo pasó llorando todo él. ¡A ella también se le apretó más el corazón! Pero cayó la cortina, rompió la gente á aplaudir, se alzó de nuevo el trapo, y apareció el muchacho tan alegre y tan sonriente.

Una cosa la llamó en estas la atención: los de la música izaron una enorme corona de laurel y se la entregaron desde sus sitios; él mismo la cogió en sus propias manos. Y de otro cuchitril lleno de caballeros que caía sobre las tablas, le alargaron otra



la llamara, sabiendo que se hallaba allí, en aquel cuchitril próximo á la parranda.

La noticia de que el tenor había hecho venir á su madre, una pobre campesina de lo hondo de la montaña, á su beneficio, era del dominio público y á ninguno de los admiradores y abonados que invadían el camerino le chocó ver entrar aquella palurda de cabellos grises, toda asustada y medrosa, abriéndose paso por entre el pelotón de fraques de la aristocracia más linajuga. Cuando la anciana mujer cayó en los brazos de su hijo, no hubo corazón que no latiera con fuerza, ni ojos que no se humedeciesen.

Luego, ¡qué vergüenza! el tenor presentó á su madre á sus amigos, y todos los señorones la abru-

corona también de laurel. Y por bajo de los árboles salieron á la escena siete ú ocho mancebos que á ella se le antojaron reyes recordando los de la

baraja y que no eran sino pajes de contaduría, con más coronas y de laurel por no variar. Y la pobre vieja, sin comprender el simbolo de la hoja sagrada exclamó entonces con toda su alma, dejándose imponer por su naturaleza de ama de casa y de campesina:

—¡Pues señor; tenemos pa el estofao mientras nos quede vida!

ALFONSO PEREZ NIEVA.

(Dibujos de Huertas, reproducción de Giménez.)



DE PÉREZ ZÚÑIGA

ZUÑIGADAS

En cantidad fabulosa comió ayer berros Irene, y aunque el cólico que hoy tiene según ella es de otra cosa, la causa del malestar los berros deben de ser, porque la pobre mujer no cesa de berrear.



Falleció de una afección cardíaca Rosario Puente, que adoraba ciegamente á Ricardo Mondragón. Y hoy su madre, doña Paca cuando el triste caso explica, dice que ha muerto su chica de una afección ricardiana.

J. PÉREZ ZÚÑIGA



TEATROS

Lectores, buenos días.



Si no fuera por el respeto que siempre me ha merecido el orden cronológico, yo no empezaría esta crónica por la reseña de *Otello*.

¿Qué quieren ustedes? Temo que se enoje Bernabei. No por lo de la localidad ¿eh?

No señor. Sino porque como tiene un corazón tan sensible, me sería doloroso decir que *Otello* no me satisfizo.

Pero ¡lo que es la imparcialidad! Ya lo solté como quien no quiere la cosa... queriéndola.

Pues sí; no me satisfizo. Yo, como todos, esperaba un *Otello* grandioso, un coloso de Rodas en semi-fusas, un milagro.

Y no hubo tal... Es decir; milagro hubo, porque Tamagno disminuyó de *idem*; como quien dice; rebajó un poco de su apellido.

Lo malo es que todos, en caso de rebaja, quería-

mos que, si había de ser, fuera dejándonos las dos últimas sílabas. Lo queríamos *magno*... (¿Qué bonito me ha salido todo esto, eh? Es de mi invención).

Bueno; volviendo á *Otello* digo: que si bien la frase de entrada fué cantada con todo el brio y nitidez exigibles, el duo final no estuvo como debiera haber estado. Fué aquello frio, seco, inexpresivo; verdad es que la señora Gini no ayudó mncho, escasa de voz aunque abundante de cuerpo como está.

En fin; para concluir diciendo algo bueno de este acto. El telón cayó bastante bien.

En el segundo cantó Camera el *credo* con mucho vigor y el *racconto* del sueño irreprochablemente, como á mí me gusta; así, ni más ni menos; para que viva tranquilo el resto de sus días.

Tamagno tuvo momentos felices, momentos grandes y momentos chicos; esto va por las notas gritadas, que sin duda muchos cantantes consideran de gran efecto dramático; pero el famoso *addio* no respondió á la expectativa del público. Muy lánguido, muy decaído, perdió aquella brillantez y aquella bravura que le da el *allegro ritenuto* que señala la partitura.

Es cambio el *duo* final fué notablemente cantado, con lujo de voz, y aplaudido con justicia.

Pero donde Tamagno estuvo feliz fué en el último acto, en la escena de la muerte; encontró para ella acentos dramáticos de primer orden, acentos que no estamos muy acostumbrados á oír.

La Gini cantó bien el *Ave María* y no tan bien la canción.

Pero hay que recordar que la pobre Desdémona ha tenido que quedar muy quebrantada después de las escenas del acto anterior, con aquel hombre furioso.

Ecco tutto. Convengamos en que un *Otello* de Tamagno debía dar para más.

La orquesta bien, descontando el crescendo de los contrabajos, para el que reclamo con *Suplente*, más viveza y energía.

Ahora, á *La Bohème*.

Declaro ante todo, que no estoy por la ópera burguesa. Creo que para un tan convencional medio de expresión hay que buscar un ambiente menos real, menos vulgar, menos nuestro. Por lo que pongo el visto bueno á las teorías de Wagner, que sólo daba entrada al mito en su teatro. (N. B.—Este visto bueno no lo necesitaba Wagner).

En fin; puesto que así hicieron *La Bohème*, venga así.

Yo la he visto una vez, así es que no puedo comprometer opinión. Pero puedo resumir mi impresión en el socorrido lema de los editores. Aquello es *Manon* corregida y aumentada.

Dos cosas que le hacían falta á *Manon*, además de variedad.

Me sonaron bien: el duo del primer acto; todo el segundo, maravilla de movimiento y colorido, con un *settimino* que pide el *bis* cada vez que se canta, y la escena final.

Pero lo que me admiró fué la interpretación. Demarchi, aunque un tantico frío, (cosas del invierno) cantó con mucho arte y mucha corrección, encontrando muy exactos acentos dramáticos en la escena final.

La Darclée encantadora en el el primer acto, y en el segundo y en los demás. Ella y Demarchi hicieron delicioso, bello, lleno de amor el *duo* del tercer acto.

Ercolani *stupendo*, como dicen ellos. ¡Qué voz! ¡Qué acción escénica! ¡Qué soltura, qué buen humor bohemio! Vamos, que me *resultó* Ercolani.

Di Grazia un poco lloroso en la despedida bufa. Rossi muy bien en su doble papel, Bensaude irreprochable y la Torosella muy simpática, muy alegre, muy artista y muy Mussette. Vaya que lo hizo bien! La Torosella debía ser francesa.

Bernabei no pediría más.

Y venga *Aida*.

Se me escapó de ella la romanza del primer acto. Pero oí las demás, aunque por poco no se me escapa también el segundo; porque vamos; que Mascheroni lo llevó á escape y á todos nos extrañaba no ver aparecer en la famosa procesión un ferrocarril y un par de ciclistas.

Porque no parecía sino que el maestro estaba dirigiendo aquel acto en velocipedo.

Resultado de lo cual fué que perdiera gran parte de su grandiosa solemnidad con aquel tiempo de galop flojito.

Si dieran todos los directores de orquesta en eso, no tardaría en establecerse un nuevo sport, con apuestas mútuas y sudores.

Pero eso no hrce falta, comandador Mascheroni; créalo usted, y menos nervios.

En cambio el acto 3.º fué magnífico. La Darclée se creció, junto á Tamagno y cantó con gran expresión y soberbia seguridad. Tamagno no se creció porque de hacerlo no cabe allí, pero sin crecerse nos llenó á todos.

Aquel *duo* estuvo magnífico y una vez que el público le tomó gusto, no fueron gritos y aplausos que se ganaron un hombre y una mujer!

Y no fué repetición de la última frase que se ganó el público!

En fin; que fué bueno aquello.

Camera por su parte lució en el primer *duo* su hermosa voz y su excelente escuela de canto.

En la gran frase final, eso sí, recurrió ¡dale que le das! á las notas gritadas.

Yo se la oí cantar á Sivori, pero todo cantado, y allí eran cosa de verse los aplausos. (Esto es para que Camera se ponga envidioso).

Hoy se da en Solís *Mefistófeles*, y anoche debe haberse dado *La forza del destino*.

Apuesto á que no ha dado fuego la pistola.



El viernes se estrenará en Cibils la compañía de ópera española de Orejón.

Vienen en ella la Roca, Subirá, Ristorini, Florit, Galván y el maestro Puig.

Como quien dice la mejor *Dolores* en carne y hueso. Volveremos pues á oirlas con el consabido *bis* de la jota; porque con *Dolores* se estrenará.

Y con un lleno, de seguro.

Trae además en su repertorio á «Carmen» y «Fray Diabolo» que, digo yo, será ahora «Fray Diablo».

Item más: «Mujer y reina» de Pina Dominguez y Chapí, zarzuela de gran espectáculo, y «La choza del diablo» de Estevanez y Caballero.

Luego, también el «Juan José», y «El payador».

Vamos; que sólo falta que traiga una cuadrilla de toreros y una compañía de títeres para abrazar todos los géneros de diversión.

Los precios son reducidísimos á su última expresión.

Eso es todo. Casi nada, como se vé.



San Felipe siempre tan guapo. Han dado sus beneficios con gente, aplausos y simpatías, Lozoya, Reinoso y la Pocoví.

Que siga así.

Porque yo no sigó más.

CHISPITAS

Dijo el joyero Himojosa
—¿Qué busca usted, Rosa?

—Busco

diamantes,—dijo la hermosa.

Y al pasar oyendo á Rosa:

—*Dí amantes*, remedó un chusco.

SPORT



He aquí la colocación que ocuparon nuestros pronósticos en la pasada reunión:

- 1.ª carrera 3.º con *Política*.
- 2.ª » 1.º con *Estnge*.
- 3.ª » 3.º con *Corsario*.
- 4.ª » No placé.
- 5.ª » 2.º con *Zig-Zag*.

ZAPICÁN II.

Las cabezas por fuera

(Por dentro no se metan ustedes)

MOUSSION Y SUS ESTRAGOS

MOUSSIONAMIENTOS Y MOUSSIONADAS

(Apantes de peinados tomados del natural en la sala de Solis)



Zapallo criollo.



Calabaza con hijo.



Cohetes en pelo.



Tricornio á lo Franck Brown.



El nido revuelto (peinado sentimental).



Distracciones de oropel

No he conocido jamás tan inútil chifladura como la que aún le dura á la esposa de don Blas.

No es un vicio que sonroje ni es que su *desdoro* sea; al contrario: Dorotea dora todo lo que coge.

Al cruzar el otro día la plaza, entre dos y tres, se encontró con un francés que desde un coche decía:

—*C'est le grand descubrimiento que sa ha inventado en Paguis! Con este hegmoso bagnis se doga todo al momentol*

Bian en tela, bian en yeso, bian en metal ó en madega, en fin, monsie, donde quiega queda su colog impresol

¡Con este bueno ingrediente cualquiera pegsona dogal Compró la buena señoga su frasco correspondiente,

y desde el instante aquel todo el día se lo pasa dando vueltas por la casa con su frasco y su pincel.

¡No exagero! Todo el día siempre fija en esa idea...

y es que á doña Dorotea le dió la doro-manía.

Ve un cuadrito muy bonito con adornos diminutos, y á los dos ó tres minutos le ha dorado á usted el cuadrito.

¿Que el reloj se desdoro y no está brillante ahora? Pues va la buena señora y le dora á usted el reloj.

Ha barnizado con oro dos jarrones de la China, las sillas de la cocina y el marco de San Teodoro;

un perrito, dos jigueros, un rico colchón de muelles, una lámpara, dos fuelles, la bula y unos floreros.

Con tal ahinco ha tomado la dichosa doradura, que eso ya no es chifladura, eso es... su *sueño dorado*.

Y como está envuelta en oro derrochando purpurina, por lo menos se imagina que tiene el oro y el moro.

De lo dicho se deduce que el *gobierno* se retrasa, y como en aquella casa no es oro lo que reluce,

se cansa, de pronto un día don Blas, que no es un gandul, la pone de oro y azul... y acaba con su manía!

FIACRO IRÁVZOS

Correspondencia Particular

Peluquilla—Montevideo—Son tan malos como su pseudónimo con impuesto. Como quien dice: casi mortíferos.

J. G.—Jd.—¡Pobre señor J. G.! No es tener mal corazón, pero dá usted compasión... y no la tengo de usted.

Antero—Id.—Tiene Vd. ciertas condiciones, pero como escribe tan largo, necesitaría treinta y dos veces más gracia para diluirla en la tinta que cubre sus 29 cuartillas. No sea Vd. tan pródigo de su inspiración, hombre; ni de su tinta ni de su papel, porque eso le arruinará á Vd. y á sus lectores. Vamos á ver otro.

L. Sardá—Id.—
¡Vaya! ¿Con qué escribe usted? Vé...
¿Y versos, tan joven, ya? Bah!
¿Que si los publico yo? ¡No!

Un criollo—Id.—No puedo sufrir los criollos cuando son faltos de meollos. Y vaya el plural por usted.

Carlos V.—Colonia—¡Pero hombre! Lástima que esté Vd. en desacuerdo con Coll y Vehí, pues si éste lee sus poesías, borra su *Métrica*, de fijo. Porque sus versos y la *Métrica* no caben juntos en el mundo.

Rodolfo—Melo—Muy flojitos y muy amorosos. ¡Ah, juventud, juventud! Siempre haciendo el amor... y los malos versos!

Calengo—Rodha—
¡Dios, con las cabezas fofas! Si es perverso empedernido, mándeme usted un zarpullido pero no me mande estrofas!

Cnico reales—Pando—Alguien le matará á Vd.
Josefin—Montevideo—¡Calla! Otro que la carga con la métrica. Pues mire usted; yo creo que la métrica no ha tenido nada que ver con sus versos. Porque, para mí, los ha medido usted atento á las reglas del sistema métrico decimal.